

Iglesia en camino

Año XXVII • Nº 1.198 • Semanario de la Archidiócesis de Mérida-Badajoz • 7 de abril de 2019



**D. Antonio Montero
celebra sus bodas de oro
episcopales**

Un arzobispo ilustrado y... bueno

Muchas veces, en ese deambular trabajoso que algunos ejercitamos por los que resultan ser con frecuencia tortuosos caminos de la mente, me he preguntado si en la escala de valores de los humanos hemos de estimar primero la sabiduría o la bondad. Les confieso que no es sencillo dilucidar tal cuestión. Hoy me viene esta consideración a la cabeza cuando he de pergeñar unas pocas letras para homenajear a quien es, primero en el tiempo, amigo cercano, y luego compañero académico y pensador razonante y razonable, con quien he mantenido no solo conversaciones sino también una sosegada y fecunda relación epistolar a lo largo de cuarenta años. El Obispo Montero fue en los ochenta del pasado siglo el personaje vivo más conocido fuera de Extremadura, más entonces que el presidente Rodríguez Ibarra, por el hábil ejercicio como Secretario y Presidente de los Medios de Comunicación en la Conferencia Episcopal.

Por su agudeza intelectual ha destacado en el mundo del periodismo, donde coincidió con otras notables firmas como José Luis Martín Descalzo, José María Cabodevila, José María Javierre o Luis Alfonso Schökel, entre otros. Teólogo por la Cartuja de Granada; Licenciado en Historia de la Iglesia por la Universidad Gregoriana de Roma; Doctor en Teología y titulado periodista por la Escuela Oficial de Madrid, resulta ser Antonio Montero Moreno, cuando se acerca a los cien años, un hombre que ha conocido y meditado sobre su tiempo y sobre la fe. Medalla de Extremadura y Premio "Guadalupe", es sin



Don Antonio fue un hombre de la cultura. Aquí lo vemos en su despacho rodeado de libros.

duda también mi culto amigo carne y espíritu de nuestra tierra extremeña. Hoy que unos y otros, más por pose que por sinceridad ideológica y fidelidad a la historia, se arriesgan sin pudor y con supina ignorancia a falsear la cercana realidad pretérita, no deberían ignorar en sus análisis la obra de Montero, "Historia de la persecución religiosa en España. 1936.1939". Sin la información que ahí se contiene, cortas e imperfectas han de ser las conclusiones que se obtengan sobre ese periodo que es determinante de nuestro presente.

En el largo tiempo de amistades y afectos, le traté en la prensa con la justicia que en conciencia creía. Así, en un artículo que publiqué en ABC (4 de junio de 1998), titulado Curas para el siglo XXI, me preguntaba yo cuál debería ser el mayor anhelo para un sacerdote de nuestro tiempo. Y respondía a mi

propio interrogante afirmando que "sin duda ha de ser la cultura la palanca del apostolado". Hoy, dos décadas largas de aquel escrito, les confieso que no estoy tan seguro de esa afirmación. Una vez más las conclusiones de un intelectual, aunque modesto, han de ser objeto de revisión, entendiendo que siempre lo circunstancial condiciona lo esencial. Me tiembla la mano para decirme, y me he de parar para intentar no errar en la conclusión, porque ahora estoy más cerca de posicionarme a decir que el hombre sabio es el que se ejercita en la bondad, y esa bondad ha de ser también para un sacerdote su caña de apóstol.

Hay una calle en Badajoz que lleva su nombre, está cerca de Puerta Pilar, y es vecina de las viejas murallas, conformando sobre ese lienzo pétreo un parque donde juguetean los

niños, reposan los ancianos y hacen zalamerías las dueñas con sus perros. Miro de reojo al pasar y recuerdo a mi amigo, a su figura, y rememoro algunas de sus reflexiones tan pegadas a este solar donde habitó. El 29 de abril de 2006, tomaba posesión como académico de Número de la Real de Extremadura; podía haber elegido cualquier otro tema, pero se centró en uno de los nuestros, el insigne Obispo de Badajoz del siglo XVI, Juan de Rivera.

Montero es a un tiempo hombre de letras y hombre de Dios, alguien que siempre ha intentado atrapar y entender algunos de esos pocos hilachones de divinidad que hay en las criaturas. En su discurso de ingreso académico confesaba: "siempre han discurrido parejas en mi vida, la vocación sacerdotal y la afición literaria". Y eso le ha llevado a ser un tipo de su tiempo, un párroco andariego que miraba al cielo desde la calle, por eso estuvo siempre cerca de la teología, de la gente y de las letras. Esto explica que hasta que los ojos lo han dejado, tuvo un libro en las manos. El último uno mío.

Antonio Montero Moreno, es alguien donde la bondad sobresalió sobre todas las demás cualidades. Era sí un intelectual de altura y un paisano que cavilaba con sus quebrantos y sus dudas como cualquier caminante del montón, y por ello entendía tan bondadosamente a las personas. Y es que en este obispo nuestro el afecto muy sentido ha sido una condición esencial, eso explica que jamás jugara al devaneo con las palabras.

Feliciano Correa

De la Real Academia de Extremadura